

FRANCISCO SOSA WAGNER

Memorias europeas

Mi traición a UPyD



Memorias europeas

en
sayos

Francisco Sosa Wagner

Memorias europeas

Mi traición a UPyD



Primera edición: abril de 2015

© Francisco Sosa Wagner, 2015

© del prefacio: Victoria Prego, 2015

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2015
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: BM

ISBN: 978-84-943769-2-4
Dep. Legal: M-11611-2015

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Député et concombre sur fond de cathédrale de Strasbourg*,
© Wéry Brux photos

Impresión y producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Memorias europeas

MEMORIAS SALPIMENTADAS (NADA «SOSAS») (*prefacio*)

FRANCISCO SOSA WAGNER ERA un reputado catedrático de Derecho administrativo que pasaba unos días en la Universidad Menéndez Pelayo de Santander como participante en un curso de su especialidad cuando fue tentado por la política. La tentación había cobrado la forma de Rosa Díez y la manzana era una invitación a ser el cabeza de lista por el partido UPyD en las elecciones europeas que habrían de celebrarse un año más tarde, en 2009.

Sosa Wagner aceptó y el resultado de su apasionante y finalmente amarga aventura es el libro que tienen hoy en sus manos. Hombre de prestigio indiscutido en toda España, su nombre fue recibido con enorme agrado por un electorado que le llevó con sus votos al Parlamento Europeo. Era el único candidato de su recién abrazado partido que se iba a sentar en un escaño de la cámara de Estrasburgo. Y aquí comienza el relato de las aventuras y desventuras de este diputado solitario que, contando solo con sus propias fuerzas y con su poderosa inteligencia, se va abriendo camino por entre la jungla legislativa y sobre todo burocrática de Europa. Con el candor que solo un intelectual de su talla puede exhibir sin el menor menoscabo de su autoridad, Sosa Wagner

comienza por describir al lector la radical soledad que rodea y aplasta inicialmente al diputado único que tiene que defenderse desde el principio de las aviesas invitaciones de grupos «non sanctos» para que se incorpore a ellos. Finalmente, se une al grupo de los «No Inscritos» donde se ve en la necesidad de convivir con todo tipo de especímenes, algunos más tolerables que otros y donde se prepara para luchar contra la indigencia operativa a la que está condenado por su condición de diputado solitario metido en el «revoltijo» de quienes no pueden formar grupo propio. Indigencia que supone, entre otras cosas, el no poder disponer de la ayuda de un grupo de expertos y asesores que pudieran apoyar sus trabajos y orientar de forma adecuada el sentido de tantos votos trascendentales como va a tener que emitir en los próximos cinco años. Porque los diputados de los grandes grupos —socialista, popular...— disponen de unas indicaciones claras y precisas sobre cómo orientar su voto en cada asunto. Indicaciones elaboradas por sus equipos de especialistas, equipos que están rigurosamente ausentes en el caso del diputado «solitario», aunque hay que dejar constancia aquí de la enorme ayuda que supuso para su buen trabajo la incorporación de una asistente de gran eficacia que alivió mucho sus angustias iniciales. Pero desde esa posición de salida nada tranquilizadora Sosa Wagner participa en los Plenos, donde se suceden votaciones como el agua cae en una catarata sobre los temas más dispares y donde el voto es nominal y queda, por lo tanto, registrado. Son múltiples las reseñas que salpican este relato de los índices de las cuestiones sometidas a votación en las sesiones plenarias de la Cámara de Estrasburgo, pero citaré aquí una de las primeras. Octubre de 2009: se discuten los presupuestos de la Unión Europea «una bagatela como es fácil imaginar», apunta el autor. Pero como no parece suficiente, se incluyen asuntos referidos al personal de Europol, la propuesta de Reglamento por el que se crea una organización común de mercados agrícolas, una propuesta para analizar los resultados del funcionamiento de Schengen, «así como naderías referidas a consolidación de la democracia en las relaciones exteriores, creación del Servicio Europeo de Acción Exterior y nada menos que las relaciones UE-USA. Y una pequeña propina» añade: «violaciones

de derechos en Guinea, Irán y Sri Lanka. Ahí queda eso. Todo eso», apunta Sosa Wagner, «es un exceso que carece de justificación. Pero todos andan conformes y no se ve voz que reclame medida. ¿Por qué? Lo ignoro», concluye.

Este es un fragmento del retrato que nos ofrece el autor sobre la auténtica realidad del Parlamento Europeo, pero de ninguna manera debemos suponer que estamos ante el retrato completo. Porque en su texto, ordenado con la estructura de un diario minucioso, hay abundantes muestras de la importancia capital que tiene para nuestras vidas la existencia y la marcha de las instituciones europeas, con todos sus contratiempos, con el enorme peso de la burocracia que las acompaña, pero decisiva al fin y al cabo para garantizar la continuidad del hallazgo impagable de una fórmula que garantiza la existencia de una Europa que ha sabido levantarse por encima de las guerras y la destrucción mutua que caracterizaron su historia en un pasado no tan lejano y que ha conseguido dar a luz una organización de Estados unidos en la defensa de los valores que forman parte irrenunciable de la identidad europea, valores que el autor enumera una y otra vez a lo largo de las páginas del libro: la libertad, el imperio de la razón, la laicidad y la fraternidad hoy concebida como solidaridad. Porque Europa, dice Sosa Wagner, no debe aspirar a ser una nación, cosa que no ha sido nunca «ni falta que le hace». Pero guarda un tesoro difícil de abarcar en toda su plenitud y hondura, que es el de una cultura viva y tangible que constituye la patria común indivisible e irrenunciable de todos los europeos.

Y aquí está una de las ideas que preside de principio a fin el relato del autor: la conveniencia, el deber, casi la urgencia de que se enseñe a los niños europeos en todas las escuelas de la Unión «una historia de la cultura europea sin mixtificaciones, asumiendo sus glorias y sus miserias, que proporcionara a toda la ciudadanía el hilo de Ariadna que significa el respeto a un patrimonio histórico lujurioso, a sus grandes nombres, a sus símbolos, a sus deslumbrantes inventos». Y hace, no una sino muchas veces a lo largo de este libro, una propuesta que tiene todo el sentido y toda la oportunidad pero que, como él lamenta amargamente, ha caído en el vacío tantas veces cuantas la ha formulado

públicamente: que se ponga en marcha una consulta a la ciudadanía para seleccionar 50 nombres indiscutibles de la cultura europea, nombres que nos unen como Mozart, Goethe, Cervantes, Rubens, Molière y editar con ello una publicación al alcance de los 500 millones de europeos.

Porque Europa ya ha conseguido armonizar los intereses comunes que atañen a la defensa de los derechos y las libertades fundamentales, armonizar las políticas económicas y tributarias de sus miembros, los seguros, las inversiones, e incluso imponer una disciplina compartida a su sector financiero. Pero tiene pendiente la tarea de cultivar y poner en valor nuestra identidad común europea que, como dicen todos los intelectuales conscientes, es la patria más sólida e indestructible, a salvo de esas pulsiones de inventada exclusividad que son propias de los nacionalismos contra los que Sosa Wagner dispara los dardos más venenosos de su cerbatana. Del mismo modo clama una y otra vez contra el dislate que supone la convicción extendida entre las instituciones europeas de que la Universidad debe orientar sus esfuerzos hacia empresas que reporten beneficios a la comunidad, a lo cual él no tiene nada que objetar. Pero hace constar cada vez que tiene la oportunidad de intervenir en un foro público que las Universidades también deben amparar actividades aparentemente inútiles pero que acaban siendo revolucionarias porque, de otro modo, Rousseau y su formulación de la idea del Contrato Social o la Crítica de la razón pura de Immanuel Kant, no habrían tenido cabida en la Europa unida que hoy nos acoge y nos ampara. A estas reflexiones, como a muchas otras de distinto tenor, el autor suele añadir este estrambote: «Nadie me hizo el más mínimo caso».

A estas alturas habrá comprendido el lector que no tiene ante sus ojos solamente el diario de un europarlamentario minucioso y cumplidor sino un texto de apasionadas reflexiones de un intelectual que ama intensamente Europa, que secunda con fervor la idea de una Europa más fuerte que la que ahora tenemos, y para la que propone con insistencia argumentada una fórmula federal, la vía más segura para resistir y vencer las tentaciones disgregadoras de los nacionalismos que en este momento rodean —aunque aún no amenazan seriamente pero podrían

conseguirlo en un futuro no muy lejano— a esta Europa unida. Un intelectual que vierte sus preocupaciones y sus sueños a partir de cada anécdota que se aparece en su camino.

Encontramos también en este libro muy interesantes consideraciones sobre esta España de las Autonomías que le merece las más afiladas críticas por el modo elefantiásico e inoperante en que se ha desarrollado el modelo. Y discrepa abiertamente, por ejemplo, del contenido del famoso dictamen emitido por el Consejo de Estado a petición del entonces Presidente José Luis Rodríguez Zapatero en el que se aconsejaba incluir en una futura reforma de la Constitución la enumeración de todas las Comunidades Autónomas. La perspectiva de que semejante iniciativa llegara a prosperar espanta literalmente a Sosa Wagner, que considera un exceso manifiesto tal número de entes autonómicos e insiste en atacar esta desmesura al compararla con Alemania, que tiene menos Länder que Comunidades tiene España, pero con una población que es prácticamente el doble que la española. En definitiva, Paco Sosa cree firmemente en la necesidad de reducir el número de autonomías y la inclusión en la Constitución de la actual realidad de la España autonómicas condenaría por siempre a nuestro país a mantener el error.

No menos sugestivas son sus reflexiones sobre la hipocresía política de los diputados de los grandes grupos que se pliegan sumisamente a los intereses ocasionales y consecuentes directrices de sus direcciones nacionales sin padecer por ello la menor incomodidad, a pesar de que sus antiguas posiciones puedan quedar abiertamente desairadas y los valores que decían defender verse arrumbados e incluso gravemente ofendidos por sus nuevas actitudes. En este sentido llueven las críticas a todos los grupos, pero especialmente feroz se muestra el autor con los diputados de ideología supuestamente de izquierdas. Ahí no ahorra denuncias con nombres y apellidos acompañados de sus correspondientes calificativos.

Lector infatigable, Francisco Sosa Wagner se sumerge desde el primer instante de su nuevo papel como representante del pueblo español ante el Parlamento Europeo en todos los textos que pueden proporcionarle una visión más honda y más precisa de lo que ha sido y es el

proyecto de una Europa unida. Bebe con auténtica delectación en las *Memorias* de Jean Monnet, uno de los «padres de Europa» por quien profesa una rendida admiración. Pero son decenas y decenas los títulos que deja mencionados en su relato y que constituyen una auténtica guía para quien desee recorrer el viaje hacia la comprensión de lo que es hoy la Unión Europea. Hay otras citas y otras lecturas, claro, pero estas constituyen el sólido núcleo central de su interés prioritario en estos años pasados en la Cámara de Estrasburgo.

Pero este libro no es solo el compendio de las experiencias europarlamentarias de su autor y las consideraciones formuladas al hilo de esas experiencias. Es también el retrato de las andanzas por Europa de un refinado gozador de la vida. Gran aficionado a la ópera y a la pintura, da cumplida cuenta de todas aquellas representaciones a las que ha asistido y de cuantas exposiciones ha visitado, frecuentemente en compañía de su mujer, Mercedes Fuertes, catedrática de Derecho administrativo en la Universidad de León, y sin ningún género de dudas, su otro yo y su compañera y rendida cómplice de trabajos, viajes y placeres. Otro de esos placeres que el autor cultiva con devoción epicúrea es el que proporciona la buena mesa, y aquí nos encontramos de nuevo con otra guía, esta vez gastronómica, de un valor incalculable porque todo lo que Sosa anota es hijo de su experiencia directísima. Aquí encontrará el lector una cumplida relación de los restaurantes de alto y medio copete, *bistrots* y tabernas de media Europa que no hay que dejar de visitar y de los vinos que deben acompañar nuestras comandas, así como la lista de los establecimientos de los que hay obligatoriamente que huir por el bien de nuestro estómago y, sobre todo, de nuestro humor. Todo ello complementado con una mimosa y enamorada descripción de varias ciudades y entre todas ellas, Estrasburgo, la capital alsaciana, donde dos potentísimas culturas, la francesa y la germánica han depositado lo mejor de cada una y han dado como resultado «una ciudad hermosísima, nimbada como está por su naturaleza imprecisa, por su ambigüedad.[...] He observado que donde más se percibe el trabajo de síntesis que esta ciudad hace para mantener su autoridad en la geografía física es en la gastronomía porque [allí] se prepara y se consume uno de los mejores *foie gras* de toda Francia y con esto ya estamos poniendo el listón

de este producto en cumbres muy elevadas. Pero es que, paralelamente, la repostería está tocada del espíritu alado de los grandes dulces del mundo germánico [...] frescos, sedosos, jaspeados, transparentes, carnosos. Pura lujuria». Fin de la cita, traída aquí como demostración de que el lector no está ante un tratado de Derecho comunitario sino ante el relato temporal de una vida generosamente escanciada y gozosamente ingerida.

Y, sin embargo, el relato tiene un abrupto final. Los hechos son sobradamente conocidos y se resumen así: el pequeño partido que tuvo el privilegio de contar con una de las cabezas más brillantes del panorama intelectual español, no precisamente sobrado en la vida política de elementos punteros, decidió acosar hasta la renuncia a su eurodiputado más señero, aquel que al final de su primera legislatura y contando con sus solas fuerzas y la fuerza de su prestigio personal, consiguió contar con la consideración y el aprecio de los más altos representantes de la Unión Europea. Sosa Wagner fue víctima dentro de su partido de algo muy parecido a un auto de fe por haber cometido el pecado de proponer públicamente la conveniencia de que su formación, UPyD, se aproximara a otro pequeño partido, Ciudadanos, que asomaba por una esquina del paisaje electoral español y que tenía interesantes y prometedoras coincidencias con el primero. Este ha sido probablemente el error más grave que ha podido cometer la dirección de UPyD en su esfuerzo por acopiar un número creciente de apoyos ciudadanos. El solo nombre de Sosa Wagner otorgaba a esa formación una reputación que ahora, después de su renuncia al escaño y su abandono de la actividad política, ha quedado muy gravemente dañada. El perjuicio por lo sucedido hay que anotarlo exclusivamente en la lista de esta pequeña formación, que sin duda verá por ello seriamente mermadas sus aspiraciones de crecimiento electoral en los sucesivos comicios a los que están convocados este año 2015 los españoles.

Sosa Wagner ha regresado por donde solía, sin daño alguno en su figura pública o privada. Pero España ha perdido a un embajador impagable que hacía honor a lo mejor de nuestro país.

VICTORIA PREGO
Madrid, marzo de 2015

Memorias europeas

*A Mercedes,
que vivió con intensidad esta etapa de nuestra historia común.*

Capítulo I

ENTRO EN LA ESCENA POLÍTICA Y CONSIGO ASIENTO EN EL PARLAMENTO EUROPEO (julio 2008 - julio 2010)

EL PALACIO DE LA MAGDALENA en Santander, donde se celebran los famosos cursos, es un lugar suave, dulce, placentero y descuidadamente veraniego. Fue residencia de los reyes en los meses estivales y todavía quedan en las habitaciones los letreros con los nombres de las personas regias o palatinas a las que estaban asignadas. Dormir en una que acogió al conde de Romanones o al general Primo de Rivera produce un breve escalofrío e incita a la evocación de los momentos históricos y de zascandileo que debieron de vivirse entre aquellos muros. Aquella Corte de refitoleros personajillos se daba cita allí para diseñar los estropicios que llevarían a cabo en cuanto se anunciaran las primeras lluvias otoñales. Acariciados todos por la brisa marina y por la contemplación de un paisaje de una belleza opulenta y que, por las mañanas, cuando lo vela una fina gasa de niebla, se viste de una combinación de colores tan atrevida como misteriosa... El agua, por la parte de la bahía, suele tener una inmovilidad confanzuda y, al otro lado, la playa de El Sardinero es desde bien temprano lugar donde hay ninfas con facciones primorosas que corren enfundadas en chándales coloristas dejando trabajar en sus cuerpos el cincel del ejercicio físico.

Digo todo esto porque es el escenario en el que Rosa Díez me propuso encabezar la lista al Parlamento Europeo. Estábamos en el verano de 2008, faltaba un año para las elecciones pero era —a lo que se ve— tiempo para ir perfilando la oferta europea de UPyD. «Lo he hablado con Fernando Savater y está completamente de acuerdo», puntualizó. A mí me dejó estupefacto porque yo ejercía de forma pacífica mi oficio de catedrático y hacía muchos años que había renunciado —voluntariamente (1987)— a un alto cargo en el Ministerio de Administraciones públicas al que llegué —en el primer Gobierno de Felipe González— de la mano de mi buen amigo Tomás de la Quadra-Salcedo. Rosa me dijo que me tomara el verano para pensarlo. Y así lo hice. Largas conversaciones con Mercedes, mi mujer, en nuestros diarios paseos por el monte en León valorando ventajas, inconvenientes y peligros. Para llegar a la conclusión de que debía aceptar porque —pensamos— para un profesor de Derecho público, estar en un lugar como el Parlamento Europeo, es como si a un médico se le permite ver, aprender y ejercer en uno de esos hospitales americanos gigantescos con cientos de camas y decenas de quirófanos abiertos día y noche. Cuando llegó septiembre, me acerqué a Madrid y comuniqué a Rosa mi decisión. Estábamos en un restaurante de la calle Orense y se levantó para darme un abrazo de agradecimiento.

En octubre actué por primera vez en un acto político en el Teatro-Circo Price de Madrid. No sé qué tonterías dije, sí que invoqué los manes de mi admirado Ramón Gómez de la Serna, quien había dado allí una conferencia a lomos de un elefante.

De vuelta a mis clases en la Facultad, realmente la campaña para mí no empezó sino en el mes de abril de 2009. Me recorrí prácticamente España entera con sus islas adyacentes y los territorios del norte de África en medio de una indiferencia medida y bien administrada por los medios de comunicación. Con todo, y pese a los negros vaticinios de las encuestas que hacen esos arúspices sin poesía que son los sociólogos modernos, conseguí mi escaño y me convertí en eurodiputado. La noche electoral, que celebramos en un hotel de Madrid, hablé ante un grupo de afiliados y, claro es, de periodistas. Agradecí su apoyo a quie-

nes me habían ayudado en la campaña y a quienes me habían votado y di «el pésame a Televisión Española, a Radio Nacional de España y al muy oficial Centro de Investigaciones Sociológicas porque no habían conseguido su patriótico objetivo de verme fuera del Parlamento Europeo». Enseguida televisión y radio quisieron enmendar el olvido que habían padecido y fui invitado —cierto que de forma algo furtiva— a sendos programas. Entraban en la buena senda.

El jueves 25 de junio recibimos las acreditaciones como parlamentarios europeos. El acto se celebró en el Congreso de los Diputados bajo la dirección de los miembros de la Junta Electoral Central. Ejercía como Presidente Antonio Martín Valverde, hoy magistrado del Tribunal Supremo y a quien conocí cuarenta años ha cuando yo era estudiante en Valencia y él un joven ayudante en la cátedra de Derecho del trabajo. Martín es hombre sólido en su formación y, según me dicen, ha escrito cosas meritorias sobre esa ciencia tenue e inconstante que es el Derecho del trabajo. No pude saludarle porque salió a toda prisa pero me hubiera gustado hacerlo pues recuerdo que un día, en Valencia, me citó en su casa para proporcionarme uno de los cuadernos que contenían los *Apuntes* que García de Enterría dictaba en su cátedra de Madrid. A la sazón disponer de ese material era distintivo de «iniciado» y como yo, en efecto, me iniciaba en el Derecho administrativo, suspiraba por poder leerlos. Comoquiera que Martín me había dicho que él disponía de algunos de aquellos tomitos, allí fui a buscarlos. Me abrió la puerta en albornoz porque se acababa de duchar. Al evocar esta escena pienso que eso debió de ocurrir en el sesenta y seis o sesenta y siete del siglo xx y en 2009 estaba este mismo personaje acreditándome como eurodiputado. Por allí andaba también, en representación de algún grupo catalanista en la Junta Electoral, Joan Manuel Trayter, compañero mío de oficio pues enseña Derecho administrativo en una de las Universidades de Barcelona. Al finalizar el acto, algunos de los miembros de la Junta se acercaron, amables, a saludarme, entre ellos varios compañeros, también catedráticos.

El acto organizado por Martín Valverde fue muy soso. Se leyeron nuestros nombres y cada quien respondía «sí, juro» o «sí, prometo» a

la pregunta sobre nuestra Constitución. Yo «prometí» siguiendo una estúpida tradición de quienes nos consideramos laicos. Un diputado «prometió por imperativo legal» y se quedó tan contento, creyendo que había hecho una heroicidad. Como si los demás no estuviéramos actuando por imperativo de la ley. La necedad y la hipocresía de ciertas gentes se miden bien por estos gestos vacuos. Yo me acerqué a saludar personalmente a quienes habían sido cabezas de las listas del PP y del PSOE. A Jaime Mayor, que lo era del PP, por cortesía pues me había presentado un libro en Oviedo hacía años (los discursos parlamentarios de Posada Herrera), cosa que él, por supuesto, no recordaba. Y a Juan F. López Aguilar porque es colega de oficio y le conocía desde hacía tiempo, de cuando una vez le presenté yo en León, donde vino a dar una conferencia (trocada por su facundia en mitin) en el Colegio de Abogados, y de las reuniones a las que José Luis Rodríguez Zapatero nos convocaba cuando este era secretario general del PSOE y quería escuchar a invitados selectos entre los que yo, sin duda, desentonaba pues los demás eran nombres de mucha circunstancia. Preparaba José Luis su etapa de gobierno y ya se veía que el único asunto obsesivamente tratado era el territorial y en el que luego tanto metería la pata, gracias en parte a los consejos que allí tuvo la ocasión de anotar, todos ellos formulados con la mejor intención, por Nicolás Sartorius, Pepe Álvarez Junco, Paco Rubio Llorente *et alii*. Yo intenté en varias ocasiones desviar la atención hacia los servicios públicos y su necesidad para asegurar la igualdad de los ciudadanos pues me parecía más apropiado para un cónclave socialdemócrata pero solo coseché miradas de desdeñosa curiosidad hacia un pobre catedrático de provincias.

Un compañero de escaño europeo a quien yo no conocía personalmente pero que se acercó a saludarme con especial afecto fue Carlos Iturzaiz. También lo hicieron un par de diputadas del PP, Rosa Estaràs y Teresa Jiménez-Becerril, muy amigas de Rosa Díez. Un saludo personal dirigí también a mi viejo amigo de Oviedo Antonio Masip, parlamentario de la lista socialista. Caso singular el de este hombre, que fue alcalde de Oviedo varios años y un entrañable amigo e intrigante político muchos más años. Había tenido una enfermedad grave en su

primer mandato como parlamentario europeo de la que había salido con graves dificultades locomotrices. Sin embargo, se presentó y le dejaron presentarse en el PSOE a un segundo mandato cuando era evidente que se desplazaba con muchos problemas. El simple acto de levantarse del asiento para, desde él, prestar juramento o promesa, no pudo llevarlo a cabo, desplomándose sobre el asiento en el intento. El misterio es por qué en la dirección del PSOE no le cambiaron por otro nombre del socialismo asturiano, donde los había con sobrados méritos, muy en singular el de mi amigo y discípulo Leopoldo Tolivar Alas. Alguien me dijo que andaba la masonería por medio, puede ser; lo cierto es que Masip se disponía a iniciar un segundo mandato parlamentario llevando en sus viajes de avión una bombona de oxígeno.

Hace años, cuando Antonio era alcalde —y bueno— de Oviedo, con ocasión de una cabalgata de Reyes, llevé a ella a mi hijo David. Antonio, en veste de Melchor, cuando me vio entre el público se arrancó a grandes voces desde su camello o caballo: «Paco, Paco...». No hace falta decir el asombro de David, quien estuvo contando —hasta que perdió la inocencia— que a su padre le conocía el rey Melchor.

Cuando terminó la ceremonia pasamos a recoger en una sala contigua la credencial y un pase para aparcar en cualquier aeropuerto español. Yo coincidí en el trance con Jaime Mayor quien me alertó de la conveniencia de ir cuanto antes a Bruselas a hacerme con el paisaje.

Acompañado por un asistente parlamentario de Rosa Díez y del mío, Alberto Fuertes, acudí al despacho de Rosa en el Congreso. En el trayecto, por los pasillos, un ujier nos echó el alto porque yo no llevaba la pegatina de identificación que entrega a la entrada el servicio de seguridad. El asistente aclaró al funcionario: «El señor es diputado». Era la primera vez que me veía llamado de esta forma.

Con Rosa hablé de pequeñas incidencias pero también me contó una conversación que había mantenido unos días antes con Alfredo Pérez Rubalcaba, a la sazón Ministro del Interior. La había citado para hablar de asuntos de terrorismo pero luego charlaron como viejos amigos que son y recalaron en el asunto de la educación. Rosa recordó lo mal que salimos parados los españoles cuando nos examinan y los informes

Pisa son una muestra bien expresiva. Rubalcaba invocó su condición de ex Ministro de Educación para sostener que, si los expertos de Pisa nos valoran mal, es porque los chicos españoles no saben contestar los test pues en nuestras escuelas lo que se enseña no son trucos, como en Finlandia, sino matemáticas o historia. Con semejante desparpajo no puede extrañar que este hombre sea uno de los responsables del desastre educativo español.

Semana del 6 al 11 de julio de 2009

Si alguna vez había estado en Bruselas, lo cierto es que no me acordaba de nada. Llegamos Mercedes y yo en avión desde Madrid en un vuelo de una compañía belga. Nos alojamos en el Windsor Palace (o Royal), hotel de cinco estrellas que en España no hubiera pasado de tres. Una habitación pequeña con lo indispensable, cómodo el lugar para esa primera visita pues está emplazado en el centro, muy cerca de la Grand-Place. Esta, la verdadera insignia urbanística y arquitectónica de la ciudad, es más bien de dimensiones pequeñas para lo que proclama orgullosamente el nombre con el que se la conoce, sobre todo porque la dignidad y la belleza de los edificios que la rodean, muestra de un pasado comercial floreciente, hubiera exigido más espacio. El afán destructor que se apoderó de las autoridades bruselenses hace unas décadas no afectó a esta plaza, milagrosamente salvada de la voracidad especulativa y del mal gusto. Digo esto porque otra plaza, que debió de tener una cierta armonía, la que alberga el teatro de La Monnaie, donde se representan óperas, es un lugar donde la falta de estética se halla aliada a la suciedad y a la dejadez (después la han arreglado algo pero el mal es ya irreversible). La tarde de nuestra llegada a Bruselas nos esperaba Alberto en el Parlamento, donde debía acreditarme como diputado. Los trámites están prodigiosamente programados de manera que es bien fácil cumplirlos: unos funcionarios muy amables y competentes se ocupan de todo. Entre ellos destacan los ujieres, personajes de gran presencia, portadores además de un medallón que les asemeja

a un príncipe condecorado del Sacro Imperio Romano Germánico. Se manejan estos hombres con soltura en varios idiomas. Entré por primera vez en el hemiciclo y asenté mi trasero en uno de aquellos escaños, ganado a golpe de mítines, declaraciones y viajes.

Por la noche fuimos a cenar con Alberto a un restaurante del centro muy conocido que se llama León o algo así donde por primera vez tomé los mejillones bruselenses. Curiosa costumbre esta que a mí me recordaba la de Valencia donde también es frecuente comerlos («clòtxinas», se llaman allí) hervidos con un poco de limón. En Bruselas los preparan de todas las maneras imaginables, aquella primera noche los pedimos con una salsa de quesos mezclada con alguna otra sustancia enigmática. Y las inevitables patatas fritas, combinación gastronómica abominable porque además «les frites» están con mucha frecuencia muy mal «frites». La novedad y la charla distendida, que no el molusco y su acompañamiento, me hicieron pasar un buen rato.

Al día siguiente ya empecé a conocer el Parlamento por dentro. Aquello me dio la impresión de una ciudad dentro de la ciudad pues hay en él de todo, desde un supermercado hasta una peluquería, agencias de viajes, bancos... eché de menos tan solo una facultad de veterinaria. Se está cómodo allí porque es fácil solucionar los asuntos aunque ello exija darse grandes caminatas por sus espacios de comunicación, que por otro lado están muy bien diseñados. Hay lugares de paso, especialmente el de la tercera planta, que son tan entretenidos como pueden serlo los Campos Elíseos en París o la avenida Unter den Linden de Berlín. La búsqueda de una casa era un objetivo prioritario. Teníamos la intención de comprarla pero nos desanimó un amigo (Antonio Prieto), quien nos aconsejó el alquiler. Él mismo nos puso sobre la pista de un apartamento muy cercano al Parlamento, propiedad de un veterinario italiano, funcionario de la Comisión. Llegamos a un acuerdo con él en poco tiempo y aquella se convirtió en mi casa bruselense, adornada con dos ventajas importantes: una, como digo, su cercanía al Parlamento (apenas cinco minutos caminando despacio y a favor del viento) y otra, la existencia de un amplio gimnasio con piscina en las inmediaciones. Tenía que contar con un espacio que me asegurara la posibilidad de

hacer un poco de ejercicio físico sabiendo la cantidad de horas que habría de permanecer sentado.

El tiempo que suele hacer en Bruselas es ventoso y lluvioso y aquella semana inicial no fue desde luego una excepción. A un periodista español que me hizo una entrevista, al preguntarme qué pensaba del edificio del Parlamento, le contesté que me gustaba mucho porque «aquí ni hace viento ni te ofrecen mejillones».

Me resultaba obligado decidir a qué grupo parlamentario iba a sumarme. Por las características de UPyD se trataba de un paso complicado porque los mayoritarios, el Socialista y el Popular, no podían ser nuestro destino teniendo en cuenta las circunstancias en que el partido había nacido en España. Tampoco encajábamos en los demás: los Verdes estaban bajo la batuta de Cohn-Bendit y ya habían planteado el asunto de las corridas de toros además de coquetear con todo nacionalista que se les pusiera a tiro; los Liberales alojaban directamente en su seno a los nacionalistas vascos y catalanes; por los comunistas nunca he sentido el menor entusiasmo... En el marco de estas dudas y con el designio de despejarlas, trabé relaciones con algunos diputados.

Conocí a un polaco, interesado en que yo ingresara en su grupo, formado por euroescépticos y defensores de la familia y del nacionalismo. Se comprenderá que prestara poca atención a este ofrecimiento pues me acordaba de lo que un día dijera Eugenio d'Ors cuando le invitaron a almorzar a una casa ofreciéndole el señuelo de que se serviría, en familia, un cocido. «¡Qué horror!», contestó d'Ors, «las dos cosas que más odio del mundo: la familia y el cocido». Pues algo así me pasaba a mí con los principios sobre los que descansaba el grupo de aquel polaco.

También a un diputado italiano —Gianluca Susta— que aspiraba a algo parecido y que se reclamaba de la socialdemocracia. Acababa de unirse al grupo socialista pero ya andaba conspirando y pensando en formar otro independiente para el que allegaba apoyos. Le di buenas palabras y le prometí participar en los debates de un foro que pretendía crear.

Al final la opción no podía ser otra que los «No Inscritos». Allí coincidíamos personas que nada teníamos con ver unos con otros, hasta

el punto de que en él se hallaban los diputados de extrema derecha de Le Pen, pero la convivencia era fácil porque, según el reglamento, aquello no era un «grupo» sino un revoltijo destinado únicamente a asegurar poco más que nuestra presencia en las comisiones.

Con esa resolución, la de convivir entre los «No Inscritos», que comuniqué a Rosa Díez, me volví a España el jueves de aquella semana. Al llegar me encontré con un correo electrónico de un diputado austriaco que pedía mi firma para protestar ante el Presidente del Parlamento por el trato que recibíamos los No Inscritos, ciertamente calamitoso porque no se nos prestaba ni siquiera el servicio de interpretación. Le anuncié mi apoyo siempre que retirara alguna crítica a quien era el Secretario General de ese grupo de los «No Inscritos», el portugués Eduardo Bughalho, un funcionario muy eficaz que hacía su trabajo, nada fácil, de forma impecable.

El jueves dormí en mi casa en León y el viernes salimos Mercedes y yo hacia Santander donde, en la sede de la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, tenía que dar una conferencia sobre el federalismo alemán y participar en un debate junto a Nicolás Redondo Terreros y Alejo Vidal-Quadras. Al primero, a Nicolás, le había conocido un par de años antes cuando me invitó a hablar en la Fundación para la Libertad, que él presidía en Bilbao. Había salido el libro mío y de mi hijo Igor, *El Estado fragmentado* y había suscitado curiosidad en aquel foro la persona de uno de sus firmantes. Por eso me llamaron. Después tuve otros contactos con él, siempre en el marco de la Fundación por él presidida y siempre gratos y enriquecedores. Incluso organizamos conjuntamente un día entero de debate en la Facultad de Derecho de León. Cuando se celebró el encuentro en Santander ya Nicolás se había moderado mucho y su lengua afilada respecto al PSOE se había hecho más cauta. Allí, en el Palacio de la Magdalena de Santander, insistió en que era preciso el consenso entre los dos grandes partidos. Se marchó pronto y por ello se perdió la intervención de Gustavo Bueno que, a sus 85 años, siempre es un caudal de anécdotas, de citas cultas y de decires picantes.

Alejo Vidal-Quadras, parlamentario en Europa ya veterano, ostentaba la condición de Vicepresidente en Bruselas. Un tipo simpático e

inteligente, es catedrático de Física Nuclear. Había almorzado con él en Bruselas el martes y de esta forma se había iniciado entre nosotros una amistad que hasta ahora discurre de forma sosegada. Daba la casualidad de que vivía en el mismo inmueble donde yo había alquilado el apartamento —frente a la sede parlamentaria— y, como nuestras relaciones se ve que iban a mucha velocidad, pronto compartiríamos la misma señora... de la limpieza.

En esta semana, en la que se maceraban en la prensa los líos internos de UPyD, protagonizados por Mikel Buesa, me leí un librito que había comprado en la librería FNAC de Bruselas titulado *L'Europe contre l'Europe* cuyo autor es un conocido socialista francés, Olivier Ferrand. Este hombre había sido consejero del Primer Ministro francés Lionel Jospin y presidía una Fundación llamada «Terra Nova». Alguna de sus tesis de fondo no la compartí enteramente pero si buena parte de sus razonamientos y desde luego su visión general de europeísta, convencido de que los Estados, concebidos a la manera tradicional, habían cumplido ya en buena medida su ciclo histórico. Me llamó la atención su insistencia en la necesidad de hacer explícita, en la formación de los jóvenes europeos, la existencia de una cultura común europea que subrayara lo mucho que nos une, sin que ello supusiera tergiversar la historia o adulterarla (a la manera que es frecuente entre los nacionalistas vascos o catalanes). Justamente ese argumento —el de la cultura común base de una ciudadanía europea— había sido uno de los ejes de mis mítines a lo largo de la campaña electoral y de mis declaraciones a la prensa. Hasta una cita de Salvador de Madariaga nos acercaba a Ferrand y a mí. Coincidió también con él en algo fundamental: Ferrand es un defensor acérrimo de la Europa federal. Siempre había tenido esa idea como un objetivo a largo plazo pero me convencí muy pronto de que era la única salida digna al embrollo organizativo europeo y, sobre todo, pienso que solo una Europa federal puede rectificar el rumbo de la confederación de cacicatos en que se está convirtiendo España.

Semana del 20 de julio

La primera en Estrasburgo. Precisamente allí tuve noticia del acuerdo al que se había llegado en España acerca de la financiación autonómica. Se confirma mi tesis de los cacicatos: cada Presidente de Comunidad Autónoma, a lo suyo, y el Presidente del Gobierno a lo de ellos, no a defender los intereses generales de España. Zapatero se creció en este acuerdo al poner de manifiesto, ya de una manera descarnada, que su interés político no va más allá de un par de semanas y que, como yo venía diciendo desde hace tiempo, con tal de permanecer una tarde más en la Moncloa era capaz de vender el puerto de Málaga al Imperio otomano. Su superficialidad adquirió caracteres de filigrana con este acuerdo que endeudaba al Estado, le privaba de valiosos instrumentos de actuación y descuartizaba la Hacienda pública. Pero para él era imprescindible llegar a dicho acuerdo y hacerlo con los republicanos catalanes y otros enemigos del Estado a fin de contar con los votos necesarios para ir configurando una mayoría que le permitiera aprobar los presupuestos generales en las Cortes el mes de diciembre. Me molesta hablar así del político José Luis Rodríguez Zapatero porque, en lo personal, es entrañable y le tengo un gran aprecio. Además, su padre y su hermano Juan, honestos y eficaces abogados, me distinguen con su amistad.

Pero volvamos a Estrasburgo. Al contrario de Bruselas, Estrasburgo es una ciudad hermosísima. Responde al modelo urbanístico alemán, que tanto me gusta. Es la ciudad-frontera acerca de la cual he meditado en varios escritos míos porque siempre ha ejercido sobre mí una fascinación especial al ofrecer un encanto singular nimbada como está por su naturaleza imprecisa, por su ambigüedad, por su rica y donosa vaguedad. Las ciudades-frontera han sido las ciudades hermafroditas del ancho tejido urbano europeo. Han propiciado el encuentro de los pueblos, la mezcla de los linajes, la mezclanza de los vinos, el intercambio de las lenguas y —lo que es más importante— de las recetas de cocina. Tampoco es baladí el compadreo entre las religiones porque lo que era verdad en una calle se hacía herejía en la contigua.

Estrasburgo es una de esas ciudades, allá en la medianera de Francia y Alemania, tan hermosa y por tanto tan codiciada. Su arquitectura es testimonio del dominio de unos y de otros pero como todos los que por allí han pasado se han propuesto contentar a Estrasburgo, como a la bella amante que es, han dejado testimonios magníficos de sus esfuerzos en una piedra a veces rosada que cobra en esa tierra una dignidad fatigada pero siempre renovada.

Si nos preguntamos cuál es el origen de esta actitud tan abierta de Estrasburgo, forzosamente hemos de dar con una explicación clara: allí vivió Gutenberg y esa es la razón por la que floreció una destacada industria de la impresión de libros ya a finales del siglo xv. He observado que donde más se percibe el trabajo de síntesis que esta ciudad hace para mantener su autoridad en la geografía física es en la gastronomía. Porque en la capital de la Alsacia, se prepara y se consume uno de los mejores *foie gras* de toda Francia y con esto ya estamos poniendo el listón de este producto en cumbres muy elevadas. Pero es que, paralelamente, la repostería está tocada del espíritu alado de los grandes dulces del mundo germánico, de sus espectaculares tartas, que ostentan tonos y colores de lujo al ser frescos, sedosos, jaspeados, transparentes, carnosos... Pura lujuria. Sépase que una tarta veteadada en chocolate es una de las obras más amenas que el ingenio humano ha concebido.

Es decir, lo mejor de Francia y lo mejor de Alemania, trenzados en una alianza fecunda y hospitalaria. Manjares que son el principio y el fin de una gran pitanza y que sirven para demostrar, en el sacrosanto altar de la mesa, que Estrasburgo tiene vocación larga de pasarela entre dos culturas que, a fuerza de mirarse con recelo, se acaban amando y entrelazando con una tierna fuerza expresiva. Y creando una lírica propia, la gastronómica, compendio del entendimiento entre los pueblos.

A todo ello hay que añadir la calidad de los vinos alsacianos que son también, sobre todo en sus variedades procedentes de las uvas Riesling y Gewürztraminer, de una suavidad tenue, afinada, como un rondó del Mozart que pasó fugazmente por la ciudad. Cuando se toman en una terraza y los rayos del sol los acarician desde lo alto es como si acertaran a meter en ellos un pincel pleno de amarillos pletóricos y

musicales. De nuevo vemos al alsaciano extrayendo de las entrañas de la tierra germana sus secretos más codiciados para poder ofrecer él una gran bebida propia.

Los rastros alemanes se conservan en la muy elegante plaza de la República con el edificio que fue Palacio imperial, el Teatro y la Biblioteca. Y allá, al fondo, la Universidad, creada en la época de dominio prusiano y en la que enseñaron eminencias germanas llenas de ardor patrio. Todo es puro y exacerbado *wilhelminismo*, fundamental, poderoso, aplastante...

Por la ciudad pasa el Rin, tan ancho y ambicioso que pareciera un gigante empeñado en separar culturas. Pero este río ha abandonado hoy cualquier designio de separación y ha abrazado a sus hijos —que son sus orillas— construyendo un parque —el de las Dos Riberas, Jardin des Deux Rives, Garten der zwei Ufer— que permite pasar a los ciudadanos de Francia a Alemania por un puente peatonal. Se han abatido definitivamente las fronteras pero yo espero que el espíritu hermafrodita siga anidando en este generoso enclave europeo donde han puesto su rúbrica dos inmensas culturas.

El Ayuntamiento además se esfuerza en atraer y tener contentos a los diputados: nos proporciona una tarjeta para usar gratis los transportes públicos, que en Estrasburgo son los tranvías, trenzados en una red inteligentemente pensada y una frecuencia de horarios muy cómoda. Incluso tiene habilitado en el aeropuerto, que es muy pequeño, una sala donde los diputados esperan su vuelo amenizados por un servicio de bebidas y de galletas que se agradece. En las sesiones de ópera o ballet nos proporciona entrada gratuita.

El edificio del Parlamento es un poco extraño por fuera visto desde la zona de Louise Weiss, desde el canal por el contrario la vista es prodigiosa; dentro tiene espacios estupendos como el puente que sirve para cruzar uno de los canales de la ciudad. Es frecuente que se vean desde él los barcos de las visitas turísticas y, unido a un entorno de zonas arboladas y ajardinadas, da al conjunto una apariencia muy bella, de gran ciudad, de ciudad cuidada y mimada. Y está muy bien diseñado también el hemiciclo, claramente sobre el modelo del *Bundestag* alemán.

Yo caí en la última fila por pertenecer al grupo de «No Inscritos» y por la letra inicial de mi apellido. Se está cómodo en él aunque son indispensables los auriculares para oír a los oradores, yo conecto siempre las interpretaciones al francés y al alemán, así tengo clases gratis de ambos idiomas. El asiento, es decir, el escaño, tiene una conformación rara y llama la atención: pesa mucho y hay que desplazarlo con gran esfuerzo. No sé muy bien a qué se debe lo del peso, incluso pregunté a una amiga fisioterapeuta si podía tener algún significado ergonómico, cosa que negó. Simplemente una molestia, ideada por un francés disparatado.

Desde arriba yo veía muy bien el hemiciclo, distinguía a diputados concretos a quienes conocía y sabía cuándo estaban cumpliendo con sus obligaciones y cuándo andaban desperdigados por sus despachos, los bares del Parlamento o en sus encomiendas particulares. Aquella primera semana la consumimos en algunos empeños. Por de pronto, elegimos al Presidente y a los catorce Vicepresidentes. El primero fue un diputado polaco, Jerzy Buzek, fruto del acuerdo habido entre socialistas y populares. Era hombre que blasonaba de proceder del sindicato que resistió a la dictadura comunista y además significaba un símbolo el hecho de integrar en un cargo relevante a un político procedente de los países del Este. La selección de la nacionalidad no estaba desenfocada por estas razones pero yo no le voté. Mi candidata —ocasional— fue una diputada alemana de la que nada sabía y de la que ahora no recuerdo ni el nombre. Lo hice porque vi claro que Buzek tendría a su favor una votación abrumadora y esta señora paseaba su soledad por el hemiciclo. Y así fue en efecto: frente a los quinientos y pico votos que se embolsó Buzek en su esportón, a «mi» candidata la votamos ochenta y tantos. Para una de las vicepresidencias voté a Alejo Vidal-Quadras, quien me lo había pedido expresamente. No voté al diputado socialista español porque en ningún momento me lo pidieron, imagino que con toda la intención, me refiero con toda la mala intención pues, desde esas filas, se habría impuesto el «a UPyD ni agua».

Los otros asuntos que se abordaron en aquellos días, además de los organizativos, fueron muy ambiciosos, demasiado ambiciosos: de un lado, se escuchó a los Presidentes checo y sueco. Al primero porque

abandonaba la presidencia de turno de la UE y al segundo porque la comenzaba. Uno expuso lo que había hecho, el otro lo que pensaba hacer. Pero ambos de una manera muy vaga e inconcreta, fueron discursos los suyos empedrados de tópicos y buenas intenciones. A su término, los diputados intervienen. Hice mis primeros conocimientos del reglamento que no me había leído con detenimiento. Hablaron primero los responsables principales de los grupos con discursos igualmente generales, y luego se apuntaron al uso de la palabra algunos diputados. Yo hubiera querido intervenir, pese a mi bisoñez, pero no lo hice porque no conocía bien el mecanismo destinado a pedir la palabra. Lo que sí pude constatar es que la idea de levantarme en aquel foro tan solemne y pronunciar un pequeño discurso no me impresionaba lo más mínimo. Advertí que carecía de miedo escénico.

Después de este trámite, porque poco más que un trámite era, se trataron los demás asuntos del Orden del día: la situación en Irán, en China y en Honduras (donde acababa de producirse un golpe de Estado). Demasiada materia para un examen porque todos ellos fueron despachados en una tarde. Por lo que adolecían de la misma vacuidad que he denunciado respecto de los anteriores. La voz cantante la llevaban una Comisaria europea, que sustituía a la competente en materia de asuntos exteriores, y el Ministro sueco encargado de esta cartera. Como digo, ambos, no dijeron más que vaguedades aunque inspiradas en los mejores sentimientos. Y en el mismo vicio incurrió el resto de los intervinientes. Me llamó la atención la escasa asistencia de parlamentarios: cuando comenzamos la sesión éramos unos setenta u ochenta, y cuando la acabamos, no pasábamos de un centenar. Respecto de Irán, fue malévolos el discurso de Cohn-Bendit porque dijo que todas las condenas estaban muy bien pero que sería bueno que la Comisión iniciara una investigación acerca de los países europeos que estaban vendiendo armas al Gobierno represor iraní. Y, en relación con el mismo país, Vidal-Quadras sostuvo que todo lo que no fuera la convocatoria de unas elecciones supervisadas por observadores extranjeros, entre ellos del propio Parlamento Europeo, era humo. Y en humo quedaron ambos discursos porque nadie hizo caso a los oradores.

En esta semana nos reunimos los diputados del grupo de «No Inscritos» y allí se planteó una cuestión curiosa. Hay en el Parlamento una Conferencia de Presidentes de los grupos parlamentarios, que es el máximo órgano de gobierno de la Casa. En esa Conferencia los «No Inscritos» están representados por el Secretario general, un alto funcionario del que ya he hablado (Bugalho), que tiene voz pero no voto. Esta fórmula —sensata— se debe a que los No Inscritos, como ya he adelantado, no son un grupo político sino una reunión de diputados a efectos puramente organizativos. Pero la extrema derecha de Le Pen, sabedores de contar con cierto respaldo en votos, quería una presidencia propiamente dicha pues pensaban sus integrantes que la ocuparía alguno de ellos. Nos opusimos algunos diputados, la mayor vehemencia la empleamos Hans-Peter Martin, austriaco, y yo. Por primera vez hablaba yo en aquel cenáculo para sostener lo adecuado de la fórmula que se había utilizado tradicionalmente. Tomó la palabra Le Pen (el auténtico, el padre, pues a su lado también estaba como diputada su hija) para echarnos un sermón sobre la democracia. Todo estaba destinado —como digo— a forzar una votación que le alzara a él o a alguien cercano con la representación en la Conferencia de Presidentes. Yo entonces le expliqué mi visión del asunto empleando para ellos unos términos irónicos («no he venido hasta aquí para recibir lecciones de democracia del señor Le Pen») que, a todas luces, no le gustaron nada pues se volvió hacia mí enfurecido, la cara tintada de color bermejo, por un momento me dio miedo que a aquel anciano —superaba los ochenta años— le pasara algo y me imputaran a mí el accidente. Al final no se resolvió nada pues, felizmente, Bugalho, que nos presidía, anunció el fin de la sesión porque los «intérpretes han acabado su horario de trabajo».

Perteneciente a los «No Inscritos», me incorporé a la Comisión de Investigación, Industria y Energía. Allí vi algunas —pocas— caras conocidas: la de Alejo; la de Pilar del Castillo, diputada popular que había sido en España Ministra de Educación y Universidades, catedrática de Ciencia Política, un oxímoron evidente pero que ella vive con buen humor; la de Rachida Dati, que era muy famosilla en la prensa al haber pertenecido al gobierno de Sarkozy en Francia como Minis-

tra —creo— de Justicia y ser mujer de origen marroquí. Tenía fama de guapa y, al quedarse embarazada unos meses antes de las elecciones europeas, le imputaron al ex Presidente español José María Aznar la paternidad. Algo de risa porque Aznar no creo que tuviera aliento para la conquista mundana en el París de los pecados. Dati, vista de cerca, es físicamente una mujer muy menudita, de escasísimo atractivo. Mi compañero, procedente de los «No Inscritos», era un húngaro llamado Zoltán Balczó, energúmeno muy relevante que se paseaba por Budapest con botas y corraje pues pertenecía al partido filonazi Jobbik. Elegimos a un Presidente de la Comisión, un diputado alemán llamado Herbert Reul, que se hizo rápido con el mando.

Volvamos al hemiciclo para conocer a mis vecinos inmediatos de escaño. Eran tres austriacos, una mujer y dos hombres. La mujer, se sentaba a mi derecha. No tardé en descubrir, a través de la conversación con ella, que andaban enfrentados, especialmente los dos hombres con la chica, Angelika Werthmann. No empezaban mal aquellos compañeros de candidatura. El asunto consistía en que se le pedía a ella que no ocupara el escaño más que la mitad de la legislatura y la otra mitad se lo cediera a otro candidato de la lista que había comparecido ante los electores austriacos. Me tomó como su paño de lágrimas y ya iremos viendo cómo se sucedieron los acontecimientos. El jefe de los tres era Hans-Peter Martin, a quien ya he me referido, un tipo que se había presentado en Austria con su propio nombre pues en efecto su lista se llamaba «Dr. Martin... Transparenz, Gerechtigkeit» (Doctor Martin... transparencia y justicia). Se le acusaba de populista porque en la anterior legislatura había actuado de denunciante de las corruptelas en que incurrieron los diputados con las dietas, los viajes y demás. Acaso por ello acabó siendo él mismo investigado por los servicios de intervención y cuentas del Parlamento.

En el restaurante del Parlamento —lo mismo en Bruselas que en Estrasburgo— tienen la costumbre de instalar a la entrada una mesa con una muestra de cada uno de los platos que se pueden pedir ese día. Como los ponen temprano, cuando vamos a comer tienen un aspecto lamentable, de difunto mal enterrado. Siempre pienso que esto es

como si en una casa pusieran a la entrada una colección de parientes disecados.

La vuelta a España la hice en un avión lleno de eurodiputados. A mi lado viajó Luis de Grandes, que había sido portavoz del Grupo Popular en el Congreso español, y por allí andaban la citada Pilar del Castillo, Jaime Mayor, Magdalena Álvarez, conflictiva Ministra en el Gobierno español, Menéndez del Valle, un diplomático aplicado, Luis Yáñez, experimentado político, Alejandro Cercas, divertido en los decires... ambiente de camaradería aunque con sensación de artificio. Me llamó la atención lo poco que suelen leer algunos diputados.

Y hablando de lecturas, yo llevaba un libro que me acababa de comprar, ciertamente apasionante: *Le Dérèglement du monde* de Amin Maalouf. Tiene gran interés porque el autor es persona que conoce bien el mundo musulmán y el occidental, de los pocos pues que no hablan de oídas, y además combate con razonamientos cuajados los tópicos al uso. Como muestra, esta: «la época colonial ha producido en África traumatismos duraderos; pero la era de las independencias se ha revelado a veces más calamitosas, y yo, por mi parte, no tengo ninguna complacencia con los numerosos dirigentes incompetentes, corrompidos o tiránicos que han enarbolado constantemente el cómodo pretexto del colonialismo. Tratándose de mi país, el Líbano, estoy persuadido de que el periodo de mandato francés, de 1918 a 1943, y también la última fase de la presencia otomana, de 1864 a 1914, han sido bastante menos nefastos que los diversos regímenes que se han sucedido después de la independencia. Es posiblemente poco correcto consignar esto negro sobre blanco, pero esta es mi lectura de los hechos. Y es algo que se puede observar en otras naciones aunque por cortesía me he referido solo a la mía». Maalouf analiza muy detenidamente la figura de Nasser pues, a su juicio, «era para el mundo árabe, para el conjunto del mundo musulmán y para África, un modelo». Pudo haber sacado a estos países de su postración histórica pero al final la experiencia se truncó y de esa frustración —decisiva en la historia de esos pueblos— nace su actual desesperación que es el caldo de cultivo del terrorismo ciego y reaccionario al que algunos se han entregado. En fin, la pluma de Maalouf es rica a

la hora de hilvanar sugerencias valiosas acerca del papel de los Estados Unidos, de Europa, de la revolución tecnológica que marca el nuevo tiempo... y de la falta de una ideología que explique los acontecimientos y ofrezca soluciones nuevas a una sociedad nueva. Son significativas a este respecto las primeras líneas escritas de su visión sobre el desarreglo del mundo: «hemos entrado en el nuevo siglo sin brújula». Desarreglo intelectual pues el pensamiento se ha lastrado de las taras *identitarias* en muchas partes del mundo, desarreglo económico y financiero, también climático como consecuencia de una práctica larga de irresponsabilidad en el uso de los recursos del planeta. No denuncia la existencia de una «guerra de civilizaciones» sino más bien detecta el agotamiento simultáneo de todas y especialmente de los grandes conjuntos culturales de Occidente y del Mundo árabe: el primero es poco fiel a sus valores; el segundo está encerrado en un punto muerto histórico.

Las horas fuera del Parlamento las dedico a hacer un poco de ejercicio en la piscina del hotel donde me hospedo y a pasear por Estrasburgo, a tomar alguna cerveza y a seleccionar cuidadosamente el restaurante de la cena. Esta operación la realizo siempre con sumo cuidado aunque luego advierto que he perdido el tiempo porque siempre acabo pidiendo algo frugal, sobre todo ensaladas de variada factura, pues me asaltan los escrúpulos de conciencia que en estos tiempos no son religiosos sino físicos, como los relacionados con el colesterol, el ácido úrico, los kilos, etc. Aunque al final, en el postre, atropello todos los miramientos pidiendo un buen trozo de queso, mi gran pasión.

Bastante cómico resulta el día de vuelta de los diputados a sus respectivos países. Se ven por las inmediaciones de los edificios del Parlamento riadas de gentes con la maleta de ruedas («trolley» la llaman ahora) dispuestas a salir escapando hacia el aeropuerto: diputados, asistentes de diputados, funcionarios... A mí me recordaba la salida del cuartel o del campamento durante las milicias universitarias cuando se nos veía a todos con el «petate», que ese era el nombre exquisito y sutil de la maleta en la vida castrense, a la búsqueda del autobús que nos alejara por unas horas de aquellos lugares tan tediosos.

Al volver a España tuve que viajar a Gijón donde clausuré un curso universitario de verano, invitado por Mariano Abad, catedrático jubilado de Derecho financiero que había enseñado en Oviedo. Un buen amigo que administra una fina y atropellada ironía.

Semana del 27 de julio al 1 de agosto

Tiempo dedicado a un curso que dirigí en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo de Santander. Llevo acudiendo a esa cita varios años, gracias al patrocinio de la Fundación Alfonso Martín Escudero que lo financia y, si quiero nombrar una circunstancia concreta, gracias a mi entrañable amistad con Ramón Parada. Incorporo a la dirección del curso a Leopoldo Tolivar Alas, catedrático de Oviedo, discípulo mío y exquisito cultivador de ese raro valor que es la generosidad. Leopoldo es bisnieto de Clarín y nieto del rector fusilado en Oviedo durante la Guerra Civil. Suelo dedicar tales cursos al análisis del Estado de las autonomías desde una perspectiva crítica, y no por tanto la que es usual en otros foros. He solido contar con especialistas como Roberto Blanco Valdés, catedrático de Santiago de Compostela, valiente en sus posiciones políticas en una Comunidad Autónoma contaminada gravemente por el nacionalismo; con Carlos Monasterio, hacendista destacado de Oviedo y antiguo alumno mío en Bilbao; con José María Ruiz Soroa, abogado bilbaíno de gran cabeza; con Fernando García de Cortázar, Ignacio Sotelo, dos intelectuales de primerísima fila... Y otras personas comprometidas con la visión constitucional del Estado. Este año busqué a especialistas que no habían intervenido con anterioridad y así pudimos escuchar a Mikel Buesa, que habló sobre la ruptura del mercado interior y las nuevas fórmulas de financiación autonómica. Aurelio Arteta, catedrático de Filosofía en el País Vasco, tituló su conferencia «La historia no crea derechos», para arremeter contra esa antigualla de los derechos históricos, anclada en nuestra Constitución; José María Fidalgo, hasta hace poco secretario general del sindicato Comisiones Obreras, nos expuso el tema «Relaciones laborales y Comunidades